

# EL TESTAMENTO DEL HEROE DIJO DURRUTI AL PUEBLO CATALAN

Me dirijo al pueblo catalán, a ese pueblo generoso que hace cuatro meses supo deshacer la barrera de los militarotes que querían someterle bajo sus botas. Os traigo un saludo de los hermanos y compañeros que luchan en el frente de Aragón, a unos kilómetros de Zaragoza, y que están viendo las torres de la Pizarra.

A pesar de la amenaza que se cierne sobre Madrid, hay que tener presente que hay un pueblo en pie y por nada en el mundo se le hará retroceder.

Resistiremos en el frente de Aragón ante las hordas fascistas aragonesas, y nos dirigimos a los hermanos de Madrid para decirles que resistan, pues los milicianos de Cataluña sabrán cumplir con su deber, como cuando se lanzaron a las calles de Barcelona para aplastar al fascismo.

No han de olvidar las organizaciones obreras, cual debe ser el deber imperioso

de los momentos presentes. En el frente, como en las trincheras, hay un pensamiento, sólo un objetivo. Se mira afijo, se mira adelante, con el solo propósito de aplastar al fascismo.

Pedimos al pueblo de Cataluña que se terminen las intrigas, las luchas intestinas; dejar las rencillas y la política y pensar en la guerra. El pueblo de Cataluña tiene el deber de corresponder a los esfuerzos de los que luchan en el frente. No tendrá más remedio que movilizarse todo el mundo; y que no crean que han de movilizarse siempre los mismos. Si los trabajadores de Cataluña han de asumir la responsabilidad de estar en el frente, ha llegado el momento de exigir del pueblo catalán el sacrificio también de los que viven en las ciudades. Es necesaria una movilización efectiva de todos los trabajadores de retaguardia, porque los que ya es-

tamos en el frente queremos saber con qué hombres contamos detrás de nosotros.

Y que no piense nadie ahora en aumentos de salarios ni en reducciones de horas de trabajo. El deber de todos los trabajadores, especialmente los de la C.N.T., es el de sacrificarse, el de trabajar lo que haga falta.

Me dirijo a las organizaciones y les pido que se dejen de rencillas y de zancadillas. Los del frente pedimos sinceridad, sobre todo a la C.N.T. y a la F.A.I. Pedimos a los dirigentes que sean sinceros. Esta guerra tiene todos los agravantes de la guerra moderna y está costando mucho a Cataluña. Se tienen que dar cuenta los dirigentes que si esta guerra se prolonga mucho, hay que empezar por organizar la economía de Cataluña.

Si es verdad que se lucha por algo superior, os lo demostrarán los milicianos,

que se somrojan cuando ven en la Prensa esas inscripciones a favor suyo, cuando ven esos pasquines pidiendo socorros para ellos. Se somrojan, porque cuando vuelan los aviones fascistas, les lanzan periódicos facciosos, en los que se leen inscripciones y consejos idénticos. Si queréis atajar el peligro, se debe formar un bloque de granito.

Los que estamos en el frente queremos detrás una responsabilidad y una garantía; y exigimos que sean las organizaciones las que velen por nuestras mujeres y por nuestros hijos.

Si la militarización decretada es para meternos miedo y para imponernos una disciplina de hierro, se han equivocado, e invitamos a los que han confectionado el decreto a que vayan al frente a ver nuestra moral y nuestra disciplina, y luego vendremos nosotros a comparar aquélla,

con la moral y con la disciplina de retaguardia.

Estad tranquilos. En el frente no hay ningún caos, ninguna indisciplina. Todos somos responsables y conocemos el terreno que nos habéis confiado. Dormid tranquilos. Pero nosotros hemos salido de Cataluña confiados en la economía. Responsabilizadnos, disciplinadnos. No provoquemos, con nuestra incompetencia después de esta guerra, otra guerra civil entre nosotros.

Si cada cual piensa que su partido sea más potente para imponer su política, está equivocando, porque frente a la tiranía fascista, sólo debemos oponer una fuerza, sólo debe existir una organización, con una disciplina única.

Por nada del mundo aquéllos tiranos fascistas pasarán por donde estamos. Esta es la consigna del frente.

A ellos les decimos: «¡No pasaréis!» A vosotros: «¡No pasarán!»

## DURRUTI:

### UN GIGANTE CON CORAZON DE NIÑO

La Confederación Nacional del Trabajo —tenedlo todo presente— no puede ni debe ser eliminada; el día que lo sea, entonces, sí que triunfará el fascismo.

La C. N. T., como fuerza social, ha de permanecer viva y fuerte, para evitar que cualquier hombre, de derecha o de izquierda, se entronque como dictador...

Palabras de Durruti en el grandioso mitin contra la pena de muerte, celebrado en el Teatro Olympia de Barcelona, el día 5 de enero de 1938.

El día 23 de noviembre de 1936, horas después de haber desembarcado en la bahía de Ciudadela, huyendo del infierno fascista mallorquín, yo entraba con mis compañeros en el local del Sindicato Unico de Mahón.

Lágrimas de emoción y de alegría brotaban de nuestros ojos al recibir los abrazos cariñosos de los compañeros allí congregados.

Poco duró esa alegría... Brusca y repentinamente, el camarada Serra, presidente del Sindicato, nos dio la triste noticia con estas palabras: «Ellos se celebran en Barcelona el entierro de Durruti, muerto el día 20 en el frente de Madrid, defendiendo heroicamente la causa de la Libertad...»

No pude contener mi emoción, y pensé, con amargura, que mientras yo y mis compañeros luchábamos el día en la pequeña barquilla en demanda de las tierras catalanas,

ellos, nos dejaba para siempre, pesando por las puertas sublimes de la inmortalidad.

¡HACE UN AÑO QUE MURIO DURRUTI!

Durruti era del pueblo, de los oprimidos, de los que tienen hambre de pan y sed de justicia, de los que ofrendan la vida sin más anhelo que el conseguir para los suyos un poco de alegría y de libertad.

Nosotros, los que le acompañamos en su vida de luchador, los que con él compartimos las amarguras de la cárcel y el destierro, los que a su lado propugnamos desde la tribuna ideas de redención y de fraternidad humana, podemos evocar su nombre con orgullo, porque al hacerlo dignificamos su memoria.

Y es que, para nosotros, Durruti ya era grande antes del 19 de julio. Su vida pública de anarquista, su vida íntima en el hogar, eran ejemplo vivo de honradez, de consecuencia, de amor acrisolado a las ideas.

En Fuerteventura, donde estaba desterrado, repartía con los pequeños los céntimos y los regalitos que le enviaban los camaradas de España y de Canarias.

Y esos pequeños, a quienes la burguesía había dicho que Durruti era un fiero, le abrazaban y lloraban el día que nuestro héroe —libre ya del destierro— les dejaba para marchar a la Península.

En la cárcel de Zaragoza, donde comencé a rolar del movimiento de diciembre de 1933, los campesinos, nobles y sinceros, le querían con delirio.

Muchos días le obligaban a dar charlas sobre nuestras ideas, y él, con esa sencillez que le hacía familiar a todos, respondía con sencillez.

Algunas veces una vez que sus charlas eran bruscas y corrientes de armonía. Sin embargo, en ellas él colaba toda la bondad de su corazón anarquista.

Y es que Durruti no era un intelectual, ni estudiaba en prioría sus discursos, ni hacía gestos proféticos para agorar el auditorio... Hablaba como habla y lo que sentía. Ni entendía de literatura, pero tenía un libro que decía más que todas las grandilocuencias del mando: la sinceridad.

Hay algo en su vida íntima que es sublime. A principios de 1936, vivía a mi lado en un modesto pisito de la Barriada de Sana. Como le tenían doctoreado y cercado de guardia, Emiliano, su buena compañero, trabajaba de taquillero en su cine, cubriendo con su sueldo las necesidades del hogar.

Una tarde, al penetrar en su piso, le encontramos en la cocina con un delantal puesto, fregando los platos y preparando la cena para su pequeña —la Colé— y la compañera...

El amigo que me acompañaba le dijo en tono de broma: «Durruti, ¿tú eres un trabajador fementido?»

Y él le contestó burlonamente: «Yo preparo con el ejemplo. Mientras la compañera trabaja, yo limpo la casa, hago las camas, preparo la comida, y por último baño y lavo a mi pequeña Colé. Esto es propio de anarquista; lo que no es anarquista es frecuentar tabernas y cañés, gastando en vicios lo que la compañera gana con su trabajo.»

Así era Durruti... Un niño ingenuo y noble dentro del hogar. Un gigante sólo donde había peligro y era necesario figurar la vida por la libertad. Por esto murió en el frente de Madrid, grabando su nombre con letras de sangre en la historia de la Revolución española.



COLETTE, su hija

Manuel Pérez

lanas, donde brillaba el sol fecundo de la libertad, el gran Durruti —un gigante con corazón de niño, como yo lo había llamado en el Olympia— cola para siempre sin vida, herido de muerte por las balas malditas del fascio.

Me agrada con mis compañeros el lazo de la vida para sentir de lejos el grandioso homenaje que el pueblo de Barcelona tributaba a su querido héroe, el saliente guerrillero de las jornadas de julio.

Y ávidamente escuchamos los discursos en honor al querido mártir te pronunciaban desde el balcón de la Generalidad de Cataluña.

Hablaron Mariáns, Camps, el conde de Rusa y García Oliver. García Oliver hizo acudo a mi mente palabras recordadas... Habló de Aragón, nuestro gloriosamente ex Aragonés; de Ricardo Sanz, Ortiz y Jover, que combatió en el frente contra el fascismo; de Aurelio Fernández y aquel puñado de anarquistas que en Francia y España lucharon siempre heroicamente contra los tiranos del pueblo.

Durruti morchaba hacia la tumba. Ya no notaría a ver al querido amigo. Cuando yo me dirigía a su encuentro, libre ya de las hordas fascistas, él, con el corazón des-

El día 23 de noviembre de mil novecientos treinta y seis, en la bahía de Ciudadela, huyendo del infierno fascista mallorquín, yo entraba con mis compañeros en el local del Sindicato Unico de Mahón.

Lágrimas de emoción y de alegría brotaban de nuestros ojos al recibir los abrazos cariñosos de los compañeros allí congregados.

Poco duró esa alegría... Brusca y repentinamente, el camarada Serra, presidente del Sindicato, nos dio la triste noticia con estas palabras: «Ellos se celebran en Barcelona el entierro de Durruti, muerto el día 20 en el frente de Madrid, defendiendo heroicamente la causa de la Libertad...»

No pude contener mi emoción, y pensé, con amargura, que mientras yo y mis compañeros luchábamos el día en la pequeña barquilla en demanda de las tierras catalanas,

### Eduardo de Guzmán, director de «CASTILLA LIBRE», escribe sobre el NOVIEMBRE DE MADRID: «Cuando las milicias confederales penetraron en la Casa de Campo...»

El día 23 de noviembre de mil novecientos treinta y seis, en la bahía de Ciudadela, huyendo del infierno fascista mallorquín, yo entraba con mis compañeros en el local del Sindicato Unico de Mahón.

Lágrimas de emoción y de alegría brotaban de nuestros ojos al recibir los abrazos cariñosos de los compañeros allí congregados.

Poco duró esa alegría... Brusca y repentinamente, el camarada Serra, presidente del Sindicato, nos dio la triste noticia con estas palabras: «Ellos se celebran en Barcelona el entierro de Durruti, muerto el día 20 en el frente de Madrid, defendiendo heroicamente la causa de la Libertad...»

No pude contener mi emoción, y pensé, con amargura, que mientras yo y mis compañeros luchábamos el día en la pequeña barquilla en demanda de las tierras catalanas,



En la formidable demostración de duelo, del 22 de noviembre...

### Lo que en verdad quieren los trabajadores españoles

Después de los primeros días de la acción revolucionaria que impidió la victoria del fascismo en la mayor parte del suelo español, comenzaron a hacer su aparición en el escenario de la política nacional aquellos elementos que, por el imperio de la preponderancia de las organizaciones sindicales, mantuvieron un silencio que el tiempo se ha encargado de demostrar que era consecuencia, no de una conciencia dictada por la misma realidad, sino del temor a discordar públicamente con las fuerzas en cuyos manos estaba el destino de España.

De manera libre expuso la crítica a la bien manifiesta superioridad de las organizaciones proletarias en relación a los partidos políticos. Y esa crítica fue subida de tono a medida que las circunstancias, creadas de ex profeso por ciertos sectores antirrevolucionarios, impulsaron a las organizaciones del proletariado revolucionario una serie de transacciones en el terreno político, desde que, para las organizaciones sindicales, siempre estuvo en primer término el problema de la guerra, por cuyo exitoso final realizaron todas aquellas concesiones que los hechos hicieron imprescindibles, aun cuando ello significara la pérdida de ciertas conquistas logradas después del 19 de julio y la renuncia a posiciones doctrinales que fueron y son básicas, particularmente, en nuestro movimiento libertario.

De hecho, aunque disfrazando y suavizando el lenguaje, las críticas más apudadas se han hecho y se hacen a cubo abierto, con la agredida característica de fuerzas que tienden a recuperar posiciones e influencias que el proceso revolucionario ha anulado o disminuido. No otra cosa significa concentrar los ataques sistemáticos, apuntando a un centro que representa, en la Revolución española, el punto más poderoso de la guerra antirrevolucionaria y de la transformación revolucionaria: los sindicatos.

Lo que resulta un contraste evidente, es que, al lado de esos elementos —partidos, bloques de partidos políticos— que resucitan los argumentos clásicos en defensa de la exclusiva dirección política del país a cargo de los partidos, se ve, de ellos mismos, en el seno de la propia organización sindical, se hace el juego a la campaña antirrevolucionaria, que es el fenómeno, el producto más reciente puesto en circulación pública por quienes, en momentos tan peligrosos como los que la guerra nos tiene planteados y ante la perspectiva indudable de pruebas decisivas a que todos deberemos someternos, se lanzan a crear en la vanguardia nuestra un nuevo mito, nuevo en tanto que inconcientemente surge en plena conciencia revolucionaria, pero, en realidad, la repetición de fórmulas y soluciones de aquellas épocas en que en los destellos de España tenían rol determinante las pugnas entre los partidos políticos.

## LEED "Tierra y Libertad"

¿Será necesario que digamos lo que piensa y quiere el proletariado español, para desmentir rotundamente a quienes tienen la osadía de invocarlo, para hacer prosperar una tendencia de marcado tinte partidista que, cuando se significan un destino ante la gravedad de los actuales momentos, daría pie al avance rápido de la contrarrevolución?

Es posible, que después de la grandiosa experiencia, la sencilla experiencia realizada por el proletariado, haga algunos que puedan negar que ha sido y sigue siendo la única fuerza que, por sus propias condiciones, debe tomarse en consideración si en verdad se siente capaz de escribir y haber respecto a la unidad y a la victoria!

No. Nos resulta demasiado ridículo oponer a las pretendidas aspiraciones de un proletariado que sólo está en la mentalidad de los estrategas políticos, los reales anhelos de todos los trabajadores españoles. Pero como a repetir, una vez más, lo que bien saben los partidos que hacen bandera de una hipotética incapacidad del proletariado organizado: QUE LAS ORGANIZACIONES SINDICALES ESTAN DISPUESTAS A UNIR SUS FUERZAS A LAS DE LOS PARTIDOS POLITICOS PARA REALIZAR LA UNIDAD ANTIFASCISTA.

PERO LAS ORGANIZACIONES SINDICALES —HABLA-MOS ESPECIALMENTE DE LA C. N. T.— NO ESTAN DISPUESTAS A HIPOTECAR SUS PROPIOS DESTINOS Y DEL PUEBLO ESPAÑOL EN MANOS AJENAS EN ABSOLUTO A LAS DEL PROLETARIADO.

En nombre de los trabajadores, sólo pueden hablar las organizaciones específicamente sindicales. Lo demás, cuanto se afirma por ahí sobre la complementación entre partidos políticos y entidades sindicales; cuanto se teoriza sobre las funciones muy especiales, el margen de toda intervención gubernamental, de los sindicatos; cuanto se nos ofrece en forma de consignas de unidad, sin poner a todos en iguales condiciones, en lo que a Serroches se refiere, y exigiendo, en cambio, obediencia ciega, robotizada de cadáveres a los trabajadores; todo eso no tiene ninguna consistencia. Sólo tiende a crear ambiente para el regainado todopoderoso de sectores antirrevolucionarios obedientes a jugar con la vida de nuestro pueblo, y aferrados a púas inmundicias y calosifiosos.

Y las organizaciones sindicales están en condiciones de hacer respetar la voluntad auténtica de los trabajadores. Ya en ello la suerte de nuestra guerra, de nuestra revolución, de la Humanidad toda.

## DURRUTI OPINABA ASI SOBRE MEJICO

Méjico —dice— no tiene todavía el marebazo de Europa. Es un pueblo que sufre, pero no diluye el sentimiento tallano en canciones quejumbrosas. Allí nada se mueve de amor cantando, nada canta como el jivara hipo. Allí no se viven los peores aspectos de Europa, sus antagonismos, sus depresivos, su política espectacular, ni siquiera los incidentes de su obrerismo. Todo esto, las obsesiones en el resto de América, no latina sino filipinista, todo esto tan sólo existe en la Argentina y en otras Repúblicas de allá, que olvidan la realidad americana y la falsifican alterando sus valores y desconociéndolos cuando no despreciándolos, en un mito en Méjico, Méjico es una tierra donde la España de copolla y honesta nunca pudo tener más que repulsa violenta. En Méjico hay culto popular a la palabra dada, a la independencia y a la franquicia. Cuando los rotativos anglicanos dedican páginas informativas a Mexicana con cablegramas que velen treinta mil dólares para explicar lo ocurrido horas antes en una sesión de Ginebra, es decir, cuando se gastan un capital en difundir mentiras, rectificadas dos días después, no por la verdad, sino por otras mentiras, en Méjico se recuerda a los hermanos Flores Magón en hojas idealistas, confeccionadas desinteresadamente. Cuando un rotativo de Buenos Aires dedica sus páginas a la pedantería o dedica dos páginas al estúpido, al fúero en las carreras de caballos, fomentando la inmundicia de las apuestas que suman los millones, que faltan en los hogares pobres y en los hospitales, en Méjico se vive para la libertad y se fortifica el carácter independiente de sus hijos. ¿No son éstos los que llevan una guerra a sangre y fuego contra el misionarismo religioso de Méjico, reflejo de la invasión española de los milirados? ¿No son los mejicanos esos centenarios que rolean en la pórtica española y hispana, con denuesto contra el platelismo sanguiinario del altar? España envió a Méjico traficantes, pobres sucrosos en potencia, gente mercantilista de la política. Todos estos españoles, muy de acuerdo con la diplomacia de su país, hacen en Méjico el efecto de albanos. Se entrometen en las banderías políticas de Méjico, que son la contradicción de la realidad en la vida mejicana; pero no entienden a la horda civilizada del pueblo, a su firmeza en querer o en odiar, a su existenc-

cia apacible en el campo, lejos del pistolismo pellicesco, pero valiente en las huestes libertadoras no políticas. Méjico es un pueblo cuyo estado llano sería sin disputa el mejor del mundo si no fuera afligido a la palma alcohólica. Cuando se anda por la América no mejicana y se llega a Méjico, uno analiza una sensación alucinadora... Además, el arte del tapiz y la madera tallada, en ningún rincón del mundo podría hallarse como en aquel pueblo que yo creo uno de los más inteligentes y humanos del mundo. Sin necesidad de hablar de la civilización azteca, anterior a los chachupines y a todas sus mandangas de simio, creo que Méjico es la tierra más abundante del mundo y la más desahogada para una revolución como la que nosotros queremos. Es un pueblo de guerrilleros...



Manuel Pérez

En la formidable demostración de duelo, del 22 de noviembre...